

Crisis y modernidad en Brasil

HÉLGIO TRINDADE
MÁ. ISABEL S. NOLL

I. El impasse "pre-moderno": liberalismo versus populismo

Durante mucho tiempo, la estrategia del poder parecía basarse en la apatía de las masas. Cuanto más pasivas, más seguro se sentía éste. Pero esta lógica era característica únicamente de la fase burocrática y centralista del poder. En la actualidad, esta apatía se vuelca en contra del poder: la inercia que fomentó se convirtió en el signo de su propia muerte. Por lo mismo, el poder procura invertir las estrategias: de la pasividad a la participación, del silencio a la palabra.

Jean BAUDRILLARD,

*A sombra das maiorias silenciosas:
— o fim do social e o surgimento das massas,*
São Paulo, Ed. Brasiliense, 1985.

La dinámica de la sociedad en Brasil durante la década de los años ochenta pone al desnudo la desproporción entre el desarrollo económico, la diversificación de la estructura social, la urbanización acelerada, así como la falta de capacidad de las instituciones representativas y del mismo Estado, de responder a estas demandas. Tal desproporción se manifiesta de manera más aguda en el ritmo "lento y gradual" de la transición política en Brasil, en donde, a pesar de que la modernización de la economía y de la sociedad ha alcanzado patrones de desarrollo "postmoderno" en ciertos niveles, el modelo político continúa siendo fuertemente tributario del liberalismo oligárquico, excluyente y pre-democrático que se gestó en la sociedad agraria.

El análisis de la relación entre el proceso de construcción del Estado nacional y la dinámica del liberalismo brasileño deja ver, de manera nítida, que la alternativa estratégica de la clase política fue la de hacer posible la construcción de un Estado nacional sobre un Estado liberal. En este sentido, puede decirse que el patrón básico del sistema político brasileño es la combinación de una "lógica liberal" con una "praxis autoritaria" que se deriva, en gran medida, de la naturaleza conservadora del liberalismo dominante. No ha habido ningún cambio desde la "democra-

cia coronada” del Imperio hasta la “democracia relativa”, fuente de inspiración de la actual transición política.

En realidad, la singularidad del sistema político brasileño procede de su amalgama ideológica e institucional persistente, combinada con estructuras y prácticas políticas autoritario-liberales. De tal delineamiento básico, que nace asociado con el tipo de dominación de la formación social en Brasil, se deriva la hegemonía del modelo autoritario que se articula periódicamente con ambiciones de expansión liberal. Este modelo, mantenido sin cambio a lo largo del Imperio y de la República Vieja, se interrumpió bajo las promesas falsas del soplo liberal democrático de la postguerra por el brote del populismo vanguardista. Esta coyuntura histórica, por sus condicionantes internos y externos, habría favorecido la construcción de una democracia moderna, pero el nuevo liberalismo urbano se bloqueó frente a la “amenaza populista” que se transformó en la *bete-noire* * de los liberales en Brasil.

Después de la caída del Estado Nuevo, el cual resolvió la cuestión de controlar a las “clases peligrosas” mediante la cooptación corporativa, el objetivo central de la política brasileña se construyó alrededor de la polaridad “populismo *versus* anti-populismo”. Las élites políticas coexistieron hasta ese entonces, sin grandes conflictos, con sus contradicciones, o bien por la alternancia entre liberales y conservadores en el Imperio, o bien por la hegemonía de los partidos oligárquicos en la República Vieja. Esta situación dominante, que permaneció sin cambios por más de medio siglo, se modificó por la incapacidad de los liberales de la oposición para absorber la movilización populista que se asociaba con el regreso de Vargas al poder en 1951. El “varguismo”, en sus diversas metamorfosis, acabó por introducir en la política de Brasil un nuevo componente que era anti-elitista: la articulación populista entre la clase política generada por el Estado Nuevo y las clases subalternas movilizadas por el sindicalismo corporativista.

La hipótesis subyacente es que la causa principal de las crisis del sistema político brasileño en los últimos cincuenta años —incluido el golpe militar en 1964— fue la reacción de los liberales conservadores en contra de la hegemonía de un partido con llamamientos populistas (el PTB ** en la fase multipartidaria y el MDB en la fase bipartidaria). Así se explica la razón por la cual se modificó dos veces el sistema partidario en coyunturas políticas en las que existía un riesgo eminente de que ese factor (la hegemonía de un partido populista) significara una amenaza al predominio tradicional del partido conservador mayoritario (el ARENA y el PDBS).

Desde esta perspectiva analítica, la lógica del autoritarismo militar era la de abolir el sistema multipartidista en 1966 e impedir que el PTB se convirtiera en el partido de las mayorías; promovió también la formación

* Pesadilla.

** Ver listado de equivalencias de siglas al final del trabajo (T.).

de un partido conservador moderno que sustentara al gobierno. Tanto el ARENA como el PDS terminaron por fracasar. Esta misma estrategia reapareció a partir de la explosión político-electoral del MDB en las elecciones de 1974, que buscaba introducir nuevamente el multipartidismo para romper con el frente político de la oposición y establecer las bases de una alianza que permitiera que la transición se llevara a cabo sin rupturas.

Las condiciones políticas que propiciaron que se desencadenara el proceso de transición tuvieron como eje central, dentro del plano político-partidario (sin dejar de reconocer la importancia de las pre-condiciones económicas y sociales), la redefinición de los sectores liberal y conservador, acercando a los moderados del PMDB (bajo el liderazgo de Tancredo Neves) con los rebeldes del PDS. En el pacto político de la Alianza Democrática que instituyó la Nueva República se preservó, de nuevo, la vocación antipopulista de las élites políticas dominantes. Este pacto congregó a la totalidad del PMDB (incluidos los sectores de izquierda que se adhirieron a la elección presidencial indirecta por el Código Electoral), y del PFL (reunidos los disidentes del partido gubernamental).

Si retomamos el sentido de exploración de nuestra hipótesis, se observa el peso de la presencia del populismo, independientemente de su posición como factor decisivo, en la redefinición político-partidaria de la clase política de la Nueva República, en el propio ritmo de la transición que cada vez es más lento (sin dejar de lado la posibilidad de su congelación), y en las alternativas institucionales que predominan en la Constituyente. Por un lado, el discurso político y la misma estrategia de Tancredo conciliaron fuerzas políticas antagónicas, las cuales tuvieron una indescifrable inspiración "varguista" que generaba las condiciones para lograr un pacto viable de transición. Por el otro, se produjo un clima de unión nacional en torno a la construcción de la democracia, incluido el apoyo de los partidos populistas en la sustitución de Tancredo por Sarney en la presidencia, que legitimaron políticamente los sectores ligados con el liberalismo tradicional de la antigua UDN. Todo ello terminó por favorecer un proceso de aglutinación liberal y antipopulista que contaba con el apoyo de los sectores moderados y radicales del PMDB. En este sentido, uno de los *impasses* y paradojas del Congreso Constituyente para definir el régimen político radica en que la estrategia antipopulista de la clase política —la que conduciría a los parlamentarios a condenar el riesgo de que el populismo "brizolista" ascendiera al poder nacional—, se volteó en contra del mismo Sarney. Esto se debió a que su desempeño en el gobierno acabó, de hecho, por convertirse en un factor que retardó el proceso de transición a la democracia.

El *impasse* pre-moderno del liberalismo *versus* el populismo se inserta así en el contexto más amplio de la tradición de la política brasileña, que nunca consiguió reproducir los patrones modernos de la liberal-democracia: "la fragilidad de las instituciones representativas en la sociedad bra-

sileña (indican las conclusiones del Simposio de la USP) se relaciona con la persistencia de las formas tradicionales de acción política que pueden llamarse patrimonialistas y que implican el sostenimiento de un alto grado de personalismo político". Esta situación pre-moderna repercute también en el estilo y en el ritmo de la transición, ya que "en una sociedad moderna, en la que existen formas tradicionales que dominan todo el aparato del Estado, y la máquina administrativa está subordinada totalmente al clientelismo, la democracia es incapaz de operar con el mínimo de eficacia exigido a fin de procesar las demandas complejas y conflictivas que acentúan la crisis del gobierno derivada de los problemas político-institucionales".¹

II. *La crisis de la modernidad y los impasses de la transición*

La "conciliación" que caminó dentro de la llamada transición llevó a cabo todas sus potencialidades. Llegó al objetivo, no al fin, entendido éste en sentido de caída o interrupción. Los grupos dirigentes se ajustaron cuando ya no era posible continuar con el sistema de 1964, con vistas a renovarlo, remendarlo, modernizarlo, sin tocar los fundamentos de la estructura social y económica (...)

Todo indica que estamos en las vísperas de algún acontecimiento despreciable, ordinario, un acontecimiento maligno, como conviene a la época y a los personajes mediocres. La montaña está grávida. Si no aparece el ratón no será por falta de parteras, sino por la pequeñez de la montaña. ¿Montaña? Tal vez montículo, o la colina en donde se instaló, en el paisaje de la meseta, un parque de diversiones insípido y grosero.

Raymundo Faoro, "Transição: fim ou realização?", en *Senhor*, 6 de octubre de 1987, p. 37.

Si se analiza el proceso de constitución del sistema político brasileño, se observa la presencia de un trazo permanente y que obstaculiza el surgimiento de una sociedad democrática: la persistencia de mecanismos estatales de control que limitan el espacio de la estructuración autónoma de la sociedad civil mediante la acción de la clase política, la que, independientemente de los regímenes, fue alejada por las formas de participación liberal-democrática.² En las diferentes fases de la evolución del sistema político, la "penetración coercitiva" del Estado se diversificó y se consolidó. La construcción de un Estado burocrático-tradicional, de la transición "lenta y gradual" de la Colonia al Imperio, y de éste a la República, impuso desde entonces su hegemonía sobre el orden privado,

¹ Simposio sobre *A transição política: necessidade e limites da negociação*, Universidad de São Paulo, 16 a 19 de junio de 1987, p. 4.

² Véase Trindade, Hélgio, "Bases de la democracia brasileña, lógica liberal y praxis autoritaria", en Rouquie, Alain (org.), *¿Cómo renacen las democracias?*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1985, pp. 81-103.

el cual iría a ser uno de los factores decisivos para retardar *sine die* la democracia liberal.

Este modelo secular de la política brasileña ha llevado a los científicos políticos a la perplejidad: “¿Es el individualismo posesivo la base de la democracia liberal que predomina en nuestra sociedad?”. Según Carvalho, “bajo el parlamentarismo imperial o el presidencialismo republicano, hemos tenido siempre una dictadura del Ejecutivo. Esa dictadura dependía de la propia organización del poder. Silvio Romero la llamó política ‘alimentaria’, es decir, una política volcada hacia el empleo público, a los favoritismos, a la relación con el Estado, la protección del Estado, que no a la iniciativa individual, a la organización de los intereses, a la independencia en relación con el Estado”. Y añade: “El Estado es el centro de la política”, lo que permite decir que “el brasileño, como ser político, tal vez estaría más en la *estadania* que en la *ciudadanía*”. Concluye que “en vez de asentar nuestros esfuerzos en la formación de los partidos, del Congreso, de la división de poderes, se vuelve la atención erróneamente al Ejecutivo, intentando democratizarlo (...) La democracia sería, en ese sentido, garantizar el acceso más equilibrado al Estado, mayor igualdad en el derecho del acceso al bienestar”.³

Según las conclusiones del Simposio de la USP, debe reconocerse que la coyuntura actual por lo menos manifiesta una “*paralasia*” de la transición. El tan esperado aceleramiento del proceso de transición con la implantación de la Nueva República se frustró en gran parte porque la Alianza Democrática, junto con el PMDB y el PFL, nació de la derrota por la movilización popular de las “Derechas ya”; el fracaso del Plan Cruzado agregó frustraciones económicas y políticas que desencadenaron una crisis de gobierno. Todo esto se conjugó con una crisis nueva y mucho más grave: el desempeño caótico del Congreso Constituyente, porque se tenía expectativas de que la nueva Constituyente podría tener la capacidad de ofrecer soluciones a los grandes problemas nacionales. La “Constituyente, en vez de partir de la formulación del esqueleto institucional de la nación, hizo lo contrario: al abrirse a las reivindicaciones populares sustantivas se transformó en un gran foro de solicitudes particulares y corporativas que aglutinaba las más diversas demandas; produjo además la ilusión peligrosa de que la justicia social puede producirse mediante la elaboración de leyes”.⁴ Ilusión que es parte de nuestra mitología política sobre “los derechos que Getulio descubrió y dio”, y de la “idea de que existen algunos derechos, pero nadie sabe por qué éstos no fueron dados, porque Getulio los guardó en el cajón y después se perdieron”.⁵

³ Carvalho, José Murillo de, “A Constituinte e a nova ordem liberal no Brasil: a nova Constituição e a organização do Estado”, en *Cadernos de Conjuntura*, núm. 8, IUPERJ, noviembre de 1986, pp. 15-18.

⁴ Simposio sobre *A transição...*, *op. cit.*, p. 3.

⁵ Durham, Eunice, “A Constituinte e a nova ordem liberal no Brasil: cidadania e Constituinte”, en *Cadernos da Conjuntura*, núm. 7, IUPERJ, septiembre de 1986, página 6.

Sin duda, el peso de la política tradicional y la importancia del Estado en la sociedad brasileña contienen un gran poder de explicación, pero no agotan las dimensiones que dilucidan la desproporción entre el orden político y la dinámica de la sociedad. Uno de los *impasses* teórico-prácticos más complejo de la transición, que llega hasta desafiar la imaginación política de los especialistas y de los propios actores sociales, se coloca en el plano de los intersticios postmodernos de la sociedad brasileña. La modernización de la sociedad en la postguerra, que por el populismo bloqueó el brote de una experiencia liberal-democrática, acabó por congelar durante veinte años el autoritarismo militar y la modernización de las estructuras políticas. La modernización conservadora del período militar logró detener el reformismo de los años sesenta y produjo una sociedad de masas que contenía una fuerte influencia y se diseminó por toda la nación a través de los medios de comunicación, en especial por la televisión. No es suficiente con identificar el tipo ideal de la democracia deseada; “el problema central para complementar la transición democrática en Brasil consiste en establecer instituciones que estructuren medios más eficaces entre las instancias del gobierno y la población, que fortalezcan los mecanismos de representación democrática”. Ni siquiera puede reconocerse que “la crisis de la transición también es una crisis de identidad colectiva que, destruida o desorganizada por la experiencia autoritaria, aún no se ha logrado rehacer”.⁶

El nuevo desafío consiste en averiguar la forma en que se construirá un modelo de democracia liberal moderna en un momento en que las instituciones predominantes son pre-modernas y las demandas de los movimientos sociales, que cada día son más presionantes, se filtran por canales institucionales que no son políticos. En términos más radicales, significa “el debilitamiento político de un mero ordenamiento estratégico a un sistema de representación, y también al escenario actual del neo-figurismo, es decir, en donde el sistema continúa con los mismos signos reproducidos pero que no representan absolutamente nada y no tienen un ‘equivalente’ en una ‘realidad’ o una sustancia social real: no existe ningún referente social de definición clásica (un pueblo, una clase, un proletariado, condiciones objetivas) que atribuyan una fuerza a signos políticos eficaces. Sencillamente no existe un significado social para dar fuerza un significativo político. *El único referente que todavía funciona es el de la mayoría silenciosa*. Todos los sistemas de la actualidad funcionan sobre esa entidad nebulosa, sobre esa sustancia fluctuante cuya existencia ya no es social sino estadística, y cuya aparición es la del sondeo. Simulación en el horizonte de lo social, o mejor, en el horizonte en el cual ya desapareció lo social”.⁷

Cardoso hizo un balance en 1980 de las diversas interpretaciones sobre

⁶ Simposio sobre *A transição...*, *op. cit.*, pp. 3-4.

⁷ Baudrillard, Jean, *A sombra das maiorias silenciosas: o fim do social e o surgimento das massas*, São Paulo, Brasiliense, 1982, pp. 21-22.

la transición política brasileña (estratégico-conservadora, liberal-democrática, estructural-crítica y de la crisis de la hegemonía). Manifestó su insatisfacción con las diversas vertientes analíticas y buscó deslindar la complejidad específica del caso brasileño: “lo que es específico en este tipo de sociedad es que ésta se insertaba en el sistema capitalista-industrial en la fase monopólica (en realidad, oligopólica) y, de repente, dio el salto del subdesarrollo agro-exportador con industrialización de bienes de consumo corrientes al desarrollo industrial internacional. De ahí, las fábricas de automóviles, de aviones y de computadoras, etcétera, conviven con el crecimiento de la ‘economía campesina’, con los jornaleros, etcétera. Es más, en vez de ser un ‘simple terciario hinchado’, como lo vaticinaban los teóricos de la ‘marginalización creciente’ provocado por el desarrollo dependiente, se ha convertido en un amplio sector de servicios modernos, en crecimiento urbano acelerado, la modernización de los estilos de consumo, la implantación del modelo cultural de las sociedades de masas, aun cuando casi siempre sea de forma caricaturesca e incompleta”.⁸ Esta coexistencia entre el arcaísmo de la política y el modernismo de sectores significativos de la economía introdujo una dimensión que complicó el proceso de transición política, porque se daba una fragmentación social, y las particularidades de una situación postmoderna se multiplicaban escapando a la racionalidad del “Estado societal”. Sin embargo, y paradójicamente, dentro de la dimensión postmoderna de la sociedad brasileña se encuentra el germen que es capaz de romper con el marasmo de la transición. La ruptura con el patrón clásico de la política brasileña, que coloca el neoconservadurismo liberal o el “populismo electrónico” en el horizonte de la posible transición, podría provocar un salto cualitativo, en dirección de una democracia política y social capaz de controlar democráticamente el leviatán estatal, causado por el descenso en la legitimidad de los partidos políticos y por la frágil articulación entre la sociedad.

Éste es el principal problema al que se enfrenta la construcción democrática en América Latina y de la sobrevivencia de las democracias estables en los países capitalistas centrales. Porque, como resalta Touraine, “las democracias occidentales son fuertes todavía porque fueron capaces de transformar las demandas del movimiento de los trabajadores en leyes sociales y en reglas de relaciones industriales. Pero en el período contemporáneo, éstas se debilitan por el hecho de que han perdido su capacidad de transformar los movimientos sociales en fuerzas políticas. Las instituciones políticas, cuando dejan de ser representativas, de ofrecer canales y soluciones institucionales a los conflictos sociales, pierden su legitimidad. En conclusión, define el desafío de la sociedad postmoderna en su relación con la democracia: “La gravedad de la situación actual es que resulta más difícil la construcción de una democracia representativa que

⁸ Cardoso, Fernando Henrique, *Regime político e mudança social*, octubre de 1980 (doc. mim.), pp. 25-26.

en el pasado, precisamente porque los movimientos sociales nuevos no son tan explícitamente políticos como lo eran antes".⁹

De modo que los principales *impases* de la transición política se derivan del doble desafío de la sociedad brasileña en el final de la década de los años ochenta: construir una democracia que, atendiendo al patrón liberal-democrático, consiga incorporar en el foro político a los partidos, a los sindicatos y a los movimientos sociales. El desafío es particularmente complejo, porque la nueva democracia debería, una y otra vez, atender las demandas de la sociedad moderna, pero también las de la sociedad postmoderna.

Traducción de *Graciela Salazar J.*

EQUIVALENTES DE SIGLAS UTILIZADAS EN EL TEXTO

- PTB - Partido Laborista Brasileño
- MDB - Movimento Democrático Brasileño
- ARENA - Alianza Renovadora Nacional
- PDS - Partido Democrático Social
- PMDB - Partido Movimento Democrático Brasileño
- PFL - Partido del Frente Liberal
- UDN - Unión Democrática Nacional

⁹ Touraine, Alain, *Le retour de l'acteur* (Essai de sociologie), París, Fayard, 1984, pp. 324-325.